

Cap. 1 DÍA DE LAVAR LA ROPA

El sábado mami y yo bajamos a lavar la ropa al río, muy cerca, allí donde las rocas.

Apoyamos los cestos firmes en las cadenas y cargamos con jabón, bateas y tendederas.

Hoy todos los amigos nos dan los buenos días al pisar con cuidado las piedras de la orilla.

Los rayos del sol brillan entre las hojas quietas y las dos nos peinamos sin prisa nuestras trenzas.

Y entonces ¡pum! golpeamos la ropa contra las rocas para espantar las manchas.

Mami frota sin pausa mi desmayo y las dos exprimimos y escurrimos.

Destallando de blanco, tan limpias como el río, las ropas vuelen, como en un sueño mío, el campo olia, sobre ramas y arbustos extendidas se secarán al sol y entre la brisa.

Luego, a la luz azulada de la luna, mamá y yo recogemos, doblando con cuidado, las prendas perfumadas y las llevamos a casa con nosotras, para todos.

EL DÍA DE LAVAR LA ROPA ERA EL DÍA EN QUE TENÍA a mami para mí sola. Era mi día preferido de la semana, a menos que lloviera: entonces tenía que seguir compartiendo a mami con todo el mundo, especialmente con papi, que se sentaba en la galería y no se movía, pasara lo que pasara. Mami no tenía tiempo para cepillarse el pelo, y no digamos nada de compartir confidencias, tal como lo hacíamos el día de lavar la ropa.

A la orilla del río, yo le decía a mami todas las cosas especiales en las que había pensado durante toda la semana. Si había escrito un nuevo poema, se lo recitaba mientras metíamos las manos en el agua fresca. Éramos ella, yo y el río. Ni otras manos, ni otros oídos.

Mami era la única persona que sabía que yo quería escribir libros cuando creciera. Ya sé que parece algo raro, porque la verdad es que no conocemos a ningún escritor por aquí. En realidad papi me dijo que en la República Dominicana sólo el presidente podía escribir libros.

Creo que es verdad. Fui a la librería y vi un montón de libros del Presidente Balaguer. Se lo conté a mami un día en el río. Golpeábamos la ropa contra las piedras, y yo la sujetaba con fuerza mientras sacaba la suciedad de los pantalones de papi y de los uniformes de camarero de mi hermano Guarío. ✱

Mami no decía nada. Siguió volviendo la sábana que lavaba de un lado a otro y golpeándola contra las piedras. Finalmente levantó la cabeza y dijo:

✱ —Ana Rosa, siempre tiene que haber una persona que haga las cosas por primera vez.

Creo que mami me estaba diciendo que no había razón alguna por la cual no pudiera intentar ser la primera persona que escribiera libros, aparte del presidente, en nuestra isla. O eso, o insinuaba que yo debería postularme para presidente y si ganaba, podría escribir lo que quisiera.

A veces las palabras de mami son como un rompecabezas. Tengo que darles vueltas y vueltas en mi cabeza como si estuviera bailando un merengue. Más tarde o más temprano termino por caer en lo que quería decir, pero a veces me gustaría que fuese un poco más directa cuando dice las cosas.

También papi puede parecer que habla en adivi-

nanzas, pero siempre sé exactamente lo que quiere decir, como cuando le pregunté si podía tener un cuaderno para escribir mis poemas. Me respondió:

✱ —Muchacha, la cabeza te está creciendo más que el sombrero.

Cuando se lo conté a mami al día siguiente, se rió, pero yo estaba segura de que la risa estaba sólo en su garganta y no en su corazón.

—Tu papi dice cosas divertidas a veces, cariño —dijo—. Es un soñador.

—¿Un soñador? —pregunté—. ¿Cómo puedes decir eso, mami? Todo lo que hace papi es sentarse en la galería y tomar ron.

La mano de mami salió volando con la rapidez de una lagartija que se esconde debajo de una piedra. Sentí el dolor en mi mejilla antes de darme cuenta de lo que había sucedido.

—¡No tienes pelos en la lengua, chical! Ten más cuidado.

Me tragué las lágrimas y golpeé la ropa que lavaba con más fuerza. El día de lavar nunca había sido un día de palabras hirientes ni de cachetadas. Sentí como si papi fuera una roca que se desplomaba colina abajo y caía en el río. Después del chapuzón no quedaba nada, salvo el silencio.

2. Caer
3. Mami

*debía quedarme tranquila. Esperar hasta que dejara la isla y pudiera escribir lo que quisiera. Cuando viviera en un país donde el silencio no fuera legítima defensa.

Pero yo quería que mami abricara los ojos: ¿deberíamos guardar siempre silencio, la clase de silencio brillante, severo como la luz del día, que resuena más que los tambores? ¿Lograré alguna vez poner en papel lo que pienso? Aunque sea sólo que papi se sienta en la galería todo el día a beber ron? ¡Vaya! Nunca volveré a decirlo en alto. La bofetada de mami durará toda una vida. ¿Y qué pasa si escribo lo que quiero mientras todavía soy un río que fluye sorteando las rocas de mi isla?

Como mami había dicho, siempre tiene que haber una primera persona que haga algo.